

escarbando arriba y abajo, pretende escarpase al través de la naturaleza, pero no ha logrado aún abrir un boquete en la bóveda del cielo.

\*  
\*\*

Inútilmente el pensador, en sus vuelos sombríos, choca su alma oscura con la ténchumbre de las tinieblas; cae y muere; su vida es fugaz, y nada comprendemos en la oscura noche que nos lega de lo que dice, en voz quedísima, balbuceando, la creación al oído sordo del sepulcro.

\*  
\*\*

Somos transeuntes, muchedumbres y razas; sentimos en nuestros rostros soplos que nos hielan; somos agitado abismo; objetos con los que juguetea el viento; somos copos de la nieve eterna en las eternas tinieblas.

\*  
\*\*

¿Por qué brillas, Venus? ¿Dónde ruedas tú, Saturno? Siguen imperturbables su carrera y nadie en el éter nos responde. El hombre tiritita de frío, solo y desnudo. Las negras olas de la extensión se desbordan horrorizadas, el enigma tiene miedo de la clave, y el infinito parece que trabajosamente puede contener a lo desconocido.

\*  
\*\*

La noche envuelve siempre al mortal; nunca brilla para él la aurora. Caminamos ya muchos siglos y siempre

estamos en el mismo sitio; pensamos lo que pensaba Adán. Combatida por los vientos, la creación flota y huye; divisamos en la obscuridad una estatua colosal, y a esa estatua la llamamos Jehová.

Marine-Terrace, 30 de marzo de 1854.

## XIV

## DOLOR

¡Creación! ¡enlutada figura! ¡Isis austera! Acaso el hombre la perturba y constituye su misterio, acaso ella teme a los hombres, y mientras sollozamos bajo el yugo de la ley mortal, mientras temblamos ante ella, ella se estremece ante nosotros.

\*  
\*\*

No riamos como dementes, suframos con gravedad. Cuervos, buhos y buitres, seamos dignos de trocarnos en cisnes; encorvémonos bajo el peso de la ley que nos gobierna; no arrojemos la duda al mar como una sonda; marchemos sin saber a dónde nos dirigimos, hablemos sin que nos respondan y lloremos sin saber el motivo.

\*  
\*\*

Mortal, no exijas que por ti se rompa el silencio; comprende que eres castigado, inclina la cabeza y medita. Satisfécete con lo que ves. Puede salir para ti de la inmensidad una palabra terrible. Si el abismo es la boca, ¡oh Dios! ¿qué será la voz?

números de los agujeros que en el firmamento hizo la punta de tu compás clavada en la sombra.

\*  
\*\*

Calma. No nos conviene hacer volar hacia la claridad que destella la esfera a través de los cielos traslúcidos la afrenta, las risas, las diatribas ni las imprecaciones, ni que el candelabro de siete brazos atraiga a las errantes mariposas nocturnas.

\*  
\*\*

Crece, sueña, sufre, vive, ama, envejece y muere. La explicación de esos misterios los hallarás en la tumba. No blasfememos. ¿Qué le importa al Increado, que ofrece a los humanos los poblados mundos y los cielos estrellados, que el hombre le amenace?

\*  
\*\*

¿Creemos por ventura que cuando todo le suplica, que mientras El crea y hace vivir, que mientras designa una humanidad a cada astro, podemos con nuestras imprecaciones trastornarle en su plenitud, escupir nuestra nada hasta su solitaria altura y hacer mella en su eternidad?

\*  
\*\*

Señor, cuando en el éter dibujaste las formas, por todas partes donde trazaste las inmensas órbitas de universos que no existían aún, brotaron soles in-

¿Qué somos nosotros? Noche, muerte y olvido. Pero Dios existe y su esplendor nos hace temblar; El es vida, llama y amor; hace abrir en el mes de abril montañas de flores varias, hincha, como un pecho, la redondez azul del Océano.

\*  
\*\*

\*  
\*\*

El pensador busca al hombre y halla la ceniza: halla el frío orgullo, la maldad, el amor venal, el error, el saco de oro, el odio y su puñal, la envidia y su mortaja, al introducir la mano distraídamente en el osario que llamamos humanidad.

\*  
\*\*

Porque vive sumido en incomprensibles dolores, exclama el hombre necio: «No creo en el Ser Eterno; me deja padecer, luego no existe.» Te admiras a ti mismo, hombre, efímero peregrino en la tierra, y tomas por plata, vil gusano, la inmunda baba que marca tus huellas por donde te arrastras.

\*  
\*\*

Es ocioso negar la existencia del Ser Supremo. ¿Puede acaso la áspera ironía, encorvándose hacia el abismo, sor-

bérsele como sorbe su propia hiel? Cuando nuestro orgullo le niega, nuestros sufrimientos le reconocen. El sarcasmo que puede cegar la vista del hombre no puede apagar las estrellas del firmamento.

\*  
\*\*

Cuando le herimos, nosotros recibimos la herida. Pensemos y creamos. En vano el Océano quiere traspasar la playa. Adoremos a Dios en los astros, en las flores y en las mujeres. Mortales, el pensamiento es la púrpura del alma, pero la blasfemia es su andrajo.

\*  
\*\*

No hagamos mofa. Nuestros corazones son las losas del templo. El Ser Eterno que contempla el infinito, no aparta su vista de nosotros. ¡Insensato el que le niega y el que le muerde! La mujer desnuda, cuya carne tienta al espíritu, ríe bajo los frondosos árboles; no vayamos a reír a su lado. No digamos:—«¡Lo que importa es gozar; el cielo está vacío!»

\*  
\*\*

¡Oh dolor! ¡Llave de los cielos! La ironía se desvanece como el humo. La expiación abre la puerta cerrada; los sufrimientos redimen, y por sobre las locas multitudes ascienden hacia los sacrificios, resplandecientes, los grandes sacrificados.

\*  
\*\*

Ascender es ofrecerse en sacrificio. Es áspera la subida de todas las cumbres. El Olimpo se transforma poco a poco en Calvario, en el que se sufre el martirio: una cruz inmensa aparece en nuestra profunda noche, y vemos sangrar en las cuatro partes del mundo los cuatro clavos de Jesucristo.

\*  
\*\*

No dudéis, mortales; no os moféis, esqueletos. Desde que el alba asoma su risueña faz tiñendo el celaje con sus sonrosadas tintas, empezáis a silbar, y larvas, que la luz ilumina, recogéis ceniza para arrojarla con vuestras propias manos a la frente de la celeste aurora.

\*  
\*\*

Cada vez que el hombre en la tierra, al verse víctima de las aflicciones, ríe, blasfema y escupe al cielo sus sarcasmos, los fríos muertos se incorporan en sus sepulcros sombríos y con sus descarnados dedos escriben esta palabra: «Dios», detrás de las lápidas de sus fosas.

Marine-Terrace, 30 de marzo de 1854.

## XV

### VIAJE NOCTURNO

Sumidos en la ignorancia pleiteamos, disputamos y proclamamos. Cada religión es un soberbio campanario que un

sacerdote edifica y que otro sacerdote destruye; cada templo, tirando de la cuerda en las tinieblas siniestras y solemnes, hace producir distinto sonido a la campana eterna. Nadie penetra en el fondo, nadie divisa la cumbre. La tripulación humana parece ebria o demente; pone de vigía a un ciego, y en el timón a un manco. Apenas hemos pasado de lo salvaje a lo bárbaro. Apenas hemos franqueado el vértigo y el error entre la bruma en la que el hombre espera, piensa y suspira, sin abandonar lo malo, sin dar un paso fuera de lo peor, sin que los antiguos tiempos vuelvan a aparecerse, y siguiendo de nosotros en pos nos digan:—«¡Deteneos!» Sócrates exclama:—«¡Adelante!» Jesucristo nos grita:—«¡Id más lejos!»; y el sabio y el apóstol desaparecen, preguntándose mutuamente qué gusto tiene la cicuta y qué gusto tiene la hiel. Hay momentos en los que Satanás, viendo al hombre ingrato, loco y cruel, le coge de la mano y le guía. Llamamos ciencia a andar a tientas en la obscuridad. El abismo se abre y se cierra en derredor nuestro, y nuestra vista se espanta, lo mismo de ver lo que se hunde que de ver lo que sobrenada. Incesantemente, el progreso, que es una rueda de doble engranaje, hace andar algo, aplastando a alguno. El mal puede causar alegría y el veneno tener aroma. Con la ley melancólica y taciturna lucha el crimen; el puñal habla y el cadalso le replica. Sin ver su principio y su fin, a pesar de sus tinieblas y de su hambre, oímos que se ríen la Ignorancia y la Miseria. ¿La azucena tiene razón? ¿El astro es sincero? Yo afirmo que sí, pero otros dicen que no. Las tinieblas y los rayos afirman a la vez.

«También yo rezo» — le contesté. Y Hermán me replicó:—«¿En qué templo? ¿Ante qué altar? ¿Qué sacer-

Marine-Terrace, octubre de 1855.

## XVI

### RELIGIO

Era la hora en que llega el crepúsculo con su serena y terrible claridad: Hermán me dijo:—«¿Qué fe es la tuya y qué Biblia lees? Me agradaría saberlo. Si tus versos no son inútiles bombas de jabón; si tus estrofas no son tizones negros que humean sobre el montón de ceniza de la nada.

\*  
\*\*

»Si tu alma no ha caído en el abismo de la incredulidad, ¿cuál es tu copón y cuál es tu Eucaristía? ¿De qué manantial limpio bebes?» Guardé silencio y él continuó preguntándome:—«Soñador, que vives para ilustrar, ¿por qué no vas a rezar a las iglesias?» Caminábamos los dos, el uno al lado del otro, por el bosque.

\*  
\*\*

dote celebrante contempla tu alma? ¿Ante qué tribunal de la penitencia la haces comparecer?» — «La iglesia—le respondí,—es el cielo, y el sacerdote...» En aquel instante se iluminó el firmamento.

\*  
\*\*

La luna ascendía en el horizonte como una inmensa hostia; todo tembló en la naturaleza, el pino, el cedro y el olmo, el lobo, el alción y el águila; y mostrando yo a Hermán el astro pálido de la noche, añadí:—«¡Arrodíllate! Dios está oficiando; Dios eleva la hostia.»

Marine-Terrace, octubre de 1855.

## XVII

## SPES

Por todas partes, desde el abismo profundo al que Jehová no descende, hasta el cenit, techumbre a la que vuela la esperanza y en la que se quiebra las alas; arriba, abajo, en el fondo, por delante y por detrás, la inmensa obscuridad, que agitan todos los vientos, envuelve como en un sudario a los muertos y a los vivos, y sobre lo monstruoso, sobre lo nefando, sobre lo horrible, deja caer su terrible cortina; si preguntamos a la espantosa nube que huye, lo inconmensurable nos dice que es muerte y la eternidad que es noche. El alma, sin poder leer una palabra, hojea ininteligible registro; el universo es un gigante siniestro, y cuanto mayor es la ceguera, es más terrible. Todo es sombra. En el fondo se arrastra débil fulgor, pa-

recido al reflejo de una lámpara; no llega a ser un punto luminoso, ni siquiera un punto rojizo. Únicamente un hombre despierto, a quien llaman soñador, percibe esa claridad desde lo alto de la colina, y todos, excepto el gallo que vela, se mofan de ella y la niegan; y la muchedumbre de transeuntes se burla, cuando ese ser, que se distingue de los otros por la frente pálida, dice señalando el punto claro:—«Aquel tenue brillo vale más que esta inmensa noche.»

Enero de 1856.

## XVIII

## LO QUE ES LA MUERTE

Morir es nacer; no tengáis duda de que es así. Es pecador el hombre, como yo y como vosotros; nos entregamos al torbellino de los placeres y de las orgías; tratamos de olvidar los riesgos de la vida, los tropiezos en los escollos, el fin de la existencia, la sombría igualdad del mal y del ataúd, aunque el hombre más desventurado sea equivalente al hombre más feliz, porque nuestro padre es común a todos, porque somos las mismas lágrimas derramadas por los mismos ojos. Vivimos malgastando nuestros días en llenarlos de orgullo; caminamos, corremos, soñamos, sufrimos, caemos y nos elevamos. ¿Adónde? A la aurora de la tumba.

Cuando entramos en el reino de la muerte, desconocido viento nos lanza hasta el umbral del cielo. Al vernos desnudos, impuros, repugnantes, atados con los siniestros lazos de nuestros errores, de nuestras culpas vergonzosas, de nuestras tinieblas, temblamos de espan-

to; y de repente oímos a alguno que canta en el infinito, a alguno que nos bendice, sin ver la mano que derrama sobre nosotros el amor y sin saber quién es el que canta. Llegamos allí siendo hombres, esto es, llanto, hielo y nieve, y nos sentimos vivir refundidos, y llenándonos de éxtasis y de luz, se estremece todo nuestro ser al ver la derrota extraña del monstruo, que se convierte en ángel en las regiones celestiales.

En el dólmen de la Torre Blanca, 1.º de noviembre de 1854.

## XIX

## LOS MAGOS

## I

¿Qué necesidad tenéis de instituir nuevos sacerdotes, cuando existen ya entre vosotros? Los espíritus elegidos para guiar a los demás seres llevan impreso el signo de su misión. Desde que nacemos somos lo que hemos de ser. Dios, con sus propias manos, consagra esos seres en el misterio de la cuna; su dedo invisible escribe en sus mentes la Biblia que han de interpretar.

\*  
\*\*

Esos sacerdotes son los poetas; esos seres alados que vuelan y que descenden a la tierra, cuyas inquietas bocas hace abrir el verbo, esos seres son los Virgilio y los Isaias; esas almas que envuelve la bruma espesa del destino, y en los que Dios se concentra; sus ojos despiden luz, de sus frentes salen rayos.

\*  
\*\*

Son esos seres que Dios benigno aguarda en las cumbres del Horeb y del Thabor; los que el abismo espantoso retiene en sus bordes; los que sienten que viven las piedras; los que el formidable Pan embriagó; los que permanecen contemplativos ante las nubes, ante esas soledades por las que pasan todos los vientos.

\*  
\*\*

Esos son los severos artistas que atraen la luz del alba, los sabios, los inventores, los que recogen en medio de las tinieblas los hechos, las cifras, las álgebras, el número en el que todo está contenido, la duda, en la que nuestros cálculos naufragan, y todos los pedazos negros que caen del inmenso edificio del infinito.

\*  
\*\*

Esos son los cerebros fécondos, en los que sube y crece lentamente el Océano confuso de las ideas, flujo que la muchedumbre no ve, mar lleno de todos los infinitos, que la mirada de Dios sigue, que en medio de la noche, envolviendo al hombre en resplandores, lanza la espuma amarga a las rocas y lava los pies desnudos de Homero con una ola de la eternidad.

\*  
\*\*

El poeta se apoya en el Arca. David canta y ve a Dios frente a frente; Hesiodo caminando medita, y es el sacer-

dote de los bosques; Moisés, colosal criatura, extiende sus manos sobre la naturaleza; Manés habla a la inmensidad y le oyen innúmeros astros.

\*  
\*\*

Uno brilla en Patmos, otro en Tiana, éstos predicen el porvenir, aquéllos tocan la diana para despertar de su sueño a la humanidad; uno es fatal, otro perdona; en Esquilo se estremece Dodona, Milton sueña en Whitehall, y Shakespeare extiende en la naturaleza su alma eterna.

\*  
\*\*

Con su sublime espiral, colocado Arquímedes en las cumbres, podría volver a abrir el pozo del abismo, si acaso Dios lo cegara; Euclides es el vigilante de las leyes; Copérnico, estupefacto, contempla en el cielo, parecido al mar, un abismo por el que bogan naves sin proa, moviendo las obscuras ruedas, cuyos centros son soles.

\*  
\*\*

A los Thales siguen los Pitágoras, y el hombre ve atónito pasar ante su vista a esos grandes iluminadores. Aristófanes mófase de los sabios; Lucrecio, para vivir en el porvenir, crea un poema brillante y dota a ese monstruo sonoro de las alas de la aurora y de las garras de la noche.

\*  
\*\*

¡Ritos profundos de la naturaleza! Algunos de esos inspirados recorren las aisladas montañas y los sagrados bosques; habitan en las sombrías Tebaidas, y viviendo allí entre escombros, ejercen en el antro, en el Océano y en el monte su arriesgado sacerdocio.

\*  
\*\*

Blanqueó tu cabello en la soledad, Jerónimo, anciano del desierto; espíritu pálido te anima, Elías, y un ángel pasmado te sirve. Oyes en sitios inaccesibles, Amós, vibrar invisibles clarines; tu alma predilecta de Dios está lejos del mundo, y tú vives ausente de tu cuerpo.

\*  
\*\*

Tú riñes con acritud a los pecadores, luchador terrible que te llamaste San Pablo, grande apóstol de la espada, que únicamente Dios pudo vencer; brillas, hieres y repruebas; destierras del mundo a Citerea, a Isis y a Astarté; eres un coloso que quieres castigar y no absolver, y es para ti el rayo, más que claridad, espada.

\*  
\*\*

Desciende Orfeo y recorre el mundo; el deslumbrador queda deslumbrado, y ve monstruosa la creación en torno suyo; las rocas, rudos Hércules, comba-

ten en los crepúsculos con el huracán, desconocido siniestro; el mar lloroso se estremece en esta lucha, y la ola despeinada se agarra a su torso desnudo.

\*  
\*\*

\*  
\*\*

Baruch, al ver sufrir al justo, le dice:—«Hermano mío, tus huesos están podridos; tu virtud arrastra por el suelo la cadena repulsiva del desprecio; pero tú te emanciparás: pon en Dios tu esperanza, y si crees en él, de la noche de tu infortunio te despertarás mañana lleno de gloria, como la estrella que brilla al amanecer.»

\*  
\*\*

El alma de los Píndaros se eleva hasta las alturas de los Peliones; Daniel canta en la cueva y hace salir a Dios de los leones; Tácito esculpe la infamia; Persio, Archiloquo y Jeremías tienen el mismo brillo en sus miradas, porque el crimen atrae tras él a los perros burlones de la sátira, a la vez que al trueno y al rayo del cielo.

\*  
\*\*

Aparecen los sacerdotes de la risa: Scarrón, sumido en el dolor; Esopo, desgarrado por el látigo; Cervantes, cautivo, y Molière con sus desdichas domésticas. Entre Demócrito y Terencio se coloca Rabelais, que nunca fué bien comprendido; columpia a Adán para que se duerma, y las brillantes carcajadas que lanza forman de él uno de los abismos del espíritu.

\*  
\*\*

Cada uno escribe un capítulo del ritual del universo; unos esculpen el sagrado atril y otros doran el misal: cada

Y Plauto, que conversa con las cabras; Ariosto, el cantor de Medora; Cátulo y Horacio, cuyos labios atraen a las abejas de oro; Anacreonte, cual doble Dioscoro, viene cerca de Epicuro y Bión, y Moschus... ¡esos son los sacerdotes del alborozo! ¡esos son los sacerdotes del amor!

\*  
\*\*

Gluck y Beethoven están tranquilos ante la aparición del ángel que hace temblar a Jacob, Mozart se sonríe y Pergolesi pronuncia esta gran palabra:—«*Stabat!*» El cerebro de Piraneso es un crisol, en el que se confunden el arco y el cielo, la escalera, la torre y el pilar; en el que crece, sube, se hincha y hierve la inconmensurable Babel.

\*  
\*\*

A la sombra de esa torre la envidia se burla. Esos semidioses firman con su nombre, Bramante el Vaticano y Phidias el Parthenón; en el establo donde se mece la cuna de Jesús se inclina el altivo Buonarrotti, como un mago, y en tus manos, ¡oh Miguel Angel! el niño se convierte en fantasma, y su pañal es más sombrío que un sudario.

uno compone un versículo del salmo; es efímero y a otros su prístino esplendor, hacen ver los ojos de los astros en la luz y los ojos del monstruo en las tinieblas.

## II

\*  
\*\*

Todas esas estrofas reunidas cantan al Ser Supremo, ascienden hasta Dios; unas brillan y adoran, otras se estremecen, y todas son gritos de fuego, todas son exclamaciones de las profundidades: voces de abajo, voces de arriba, forman el himno instintivo o voluntario, la revelación del misterio y la apertura de la tumba.

\*  
\*\*

A nosotros, que sólo tenemos una hora de vida, nos enseña los abismos de nuestra miseria interior, comparados con las grandezas del cielo. El espíritu esclavo del hombre las oye, mientras en su cerebro, ciega la duda para ver las claridades del cielo, para coger al alma indignada, suspende en el cráneo su tela de araña.

\*  
\*\*

Esas estrofas confortan, lloran y aman, y casando la idea con los sentidos, a los que viven con los que han muerto, los granos de ceniza con los granos de incienso, la arena con las pirámides, recordando a unos que todo

Si, Sócrates es un sacerdote; sí, Catón es un sacerdote; cuando Juvenal abandona la ingrata Roma, no hay cetro que valga lo que su cayado; son sacerdotes los Tirteos, los Solones, los Platones y los Rafaelés; son inspiradas las frentes de esos seres, que resplandecen más que las mitras en las festividades de Navidad.

\*  
\*\*

Veréis, hijos de la naturaleza, aparecer ante vuestros rostros que destellan pura luz, larvas de la verdad, fantasmas de lo bello; el misterio en Grecia y el Caldea; pensadores, que graban las ideas en nuestras mentes y los jeroglíficos en las piedras, veréis las Indias y el Egipto, que en la obscuridad de vuestras criptas hunden sus oscuros pórticos.

\*  
\*\*

Cuando las cigüeñas del Caystro vuelan impulsadas por los vientos de la tarde; cuando aparece sombría la luna por detrás de las oscuras cúpulas; cuando la tromba surge de las olas; cuando el huracán, el horror y la lluvia esparcen silbando y mugiendo todas las lágrimas de las nubes por todos los sollozos del mar;

briaga y la sombra es la incitante copa en la que beben esos sombríos peregrinos.

\*  
\*\*

Cuando en su tumbas juegan los vientos con los huesos de los difuntos reyes; cuando las altas hierbas sacuden sus perfumadas cabelleras; cuando por nuestras aflicciones y por nuestras fiestas tocan las campanas; cuando derrama el alba sus sonrosadas luces, sucede todo esto para que hiera la vista de los pálidos contempladores de la naturaleza.

\*  
\*\*

Ellos saben lo que piensan los muertos en la tarde tranquila, cuando acaban de terminar sus vidas, y conocen al que prefiere la palma del conquistador y a los que prefieren la palma del mártir; saben lo que murmura todo lo que germina en la creación; lo que dicen, en los alegres meses de los días largos y de las flores abiertas, las bocas frescas de las rosas a los oídos de los cielos.

\*  
\*\*

Los vientos, las olas, los murmullos, el tranquilo éter, el movimiento del bosque, son las muy temibles bebidas que apagan en ellos la sed de lo infinito; ligan esos austeros visionarios todos los misterios a su alma, toda la materia a sus sentidos; la inmensidad los em-

¡Cómo contemplan esos Mesías! ¡Cómo piensan esos espíritus despavoridos! Son los incansables espectadores de las espesas brumas. Esos poetas, esos apóstoles, esos profetas, meditan, hablan y escriben mirando a las estrellas y sentados en los bordes del abismo.

## III

¿Saben lo que hacen esos actores del misterioso drama? ¿Tienen conciencia de que ellos mismos son un problema? Viven; ¿pero saben para qué viven? Salen del gran vestuario, en el que, para revestirse de materia, algunas veces hasta los ángeles han entrado. Esos actores, ya graves, ya taciturnos, ya alegres, ya fantásticos, ¿son acaso las sombrías caretas de algún prodigio desconocido?

\*  
\*\*

Les disfraza la alegría o el dolor, y proyectan vagamente más allá de la tierra sus sombras en el cielo; sus gestos asombran al abismo; y mientras que a los mortales les hablan en la lengua humana, de desconocidas profundidades hacen surgir la sombra o la aurora cada vez que levantan la mano.

\*  
\*\*

Representan su papel bajo diferentes formas, y pasan, con la misma indumentaria de los seres humanos, representando la profunda comedia del hombre y de la eternidad; llevan en la mano la antorcha o la copa, y las estrellas y la negra noche se preguntan en sus silenciosos dominios quiénes son aquellos radiantes histriones.

IV

Esos histriones son héroes que cumplen una misión sagrada, que vienen a representar en la tierra lo justo, lo verdadero y lo bueno. Nos hacen ver al mismo tiempo la jaula y las alas cuando aparecen en la tierra; nos traen la nutrición y la luz; dan pasto a los corazones y logran que Dios penetre en las almas.

\*  
\*\*

Ante nuestra raza cautiva, el cielo y el destino humano se callan. ¿Es éste la cortina de la vida? ¿Es éste el velo de la muerte? ¡Inútilmente el alma quiere penetrar en esas tinieblas! El Desconocido permanece silencioso, y el hombre, que comprende que está desterrado, no sabe si temer o amar la lividez suprema de la esfinge y del infinito.

\*  
\*

Ellos hablan con ese misterio; interrogan al Eterno, y en demanda de ese solitario ascienden y llaman en el cielo,

preguntando si está allí. Vuelan hacia los sepulcros como palomas ofreciendo la rama que llevan, y su voz es austera, majestuosa, humilde o tierna, y hay momentos en que nos hacen oír los pasos cautelosos de alguno que se acerca.

V

Vivimos en pie a orillas del ilimitado mar de la muerte, desnudos, temblando y estremeciéndonos; los muertos forman sus mareas, y nosotros, muchedumbre extraviada, a la que el viento apaga las antorchas, no vemos ni las velas, ni los remos, ni sentimos el ruido que levanta ese oleaje de almas en el acantilado del sepulcro.

\*  
\*\*

Contemplamos la espuma negra, el aspecto repulsivo, el fondo obscuro; contemplamos la noche densa y el oleaje infinito de la tumba; como un ave marina, que desflora la movible superficie del Océano, de vez en vez, por encima del muro del abismo, un ángel de translúcida albura aparece y desaparece.

\*  
\*\*

Algunas veces cae una pluma de ese ángel cuando aletea; esa pluma, ¿va a caer en la tumba? ¿Qué le sucede? No se sabe. ¿Viene a confundirse con nuestro lodo? ¿Quién hizo huir a ese arcángel? ¿Dijo que no, dijo que sí?... Y la multitud corre a buscar la pluma desaparecida en el suelo y al ángel desvanecido en las alturas.

\*  
\*\*

Después que han desaparecido como un sueño, cerrando eternamente los ojos muchísimos mortales; después de haber visto desde la playa pasar olas tras olas, en alguna gruta fatídica, siguiendo la dirección de un dedo de fuego que la señala, encontramos un hombre sobrehumano escribiendo letras encendidas con la pluma de aquel ángel, en un libro que entrevemos al través de una nube de humo.

\*  
\*\*

Piensa, calcula, suspira, apoyando la barba sobre el puño; ese hombre dice:—«Soy Shakespeare.» Ese hombre dice:—«Soy Newton.» Ese hombre dice:—«Soy Ptolomeo», y con su inmensa mano cerrada abarca el globo terrestre. Ese hombre dice:—«Soy Zoroastro», y en su entrecejo se esconde un astro, y dentro de su cráneo azulea un cielo.

VI

Sí, gracias a esos pensadores, a esos sabios y a esos locos, que exclaman:—«¡Yo veo!», las tinieblas son translúcidas y el silencio se llena de voces. El hombre, como alma, siente palpitar a Dios, y como ser, se precipita con audacia por la ruta del progreso, y el mundo renuncia a callar y todo brilla; la negrura de la tierra se ilumina con la blancura del cielo.

\*  
\*\*

Sacan a Dios del interior de la criatura por medio del espíritu y del escal-

pelo, y a su llamamiento sale fuera del antro el que permanecía escondido en la naturaleza; a su llamamiento habla la sombra simbólica, el misterio se explica, la noche se llena de ojos de lince; el problema, saliendo a la fuerza, rasgando las tinieblas y el enigma sale del vientre de la esfinge.

\*  
\*\*

Merced a esos hombres supremos, gracias a esos poetas vencedores que construyen altares-poemas, empleando corazones en vez de piedras, como un río que tiene un nacimiento común, desde los bramantes hasta los flamines romanos, desde el jerofante hasta el druida, una especie de Dios líquido fluye por las venas del género humano.

VII

El negro cromlech, extendido sobre la hierba, está silencioso en el monte; el archipiélago circundado por las aguas, las pléyades en el cielo. ¡Oh monte! ¡oh mar! ¡oh bóveda esplendorosa! La hierba, la gaviota y el alma humana, como sombríos proscritos, interrogan a esas tres frases escritas en la sombra en tres páginas de la noche.

\*  
\*\*

—¡Oh viejo cromlech de la Bretaña, que evitamos como si fueras un escollo! ¿qué palabra escribes en el monte?—Noche—responde el cromlech pensativo.—Archipiélago, en el que humean las olas, ¿qué palabra lanzas a la bruma?—¡Muerte!—dice la roca al al-

ción.—Pléyades que recorréis vuestros velos, ¿qué palabra pronuncian vuestras estrellas?—Dios—dice la constelación.

\*  
\* \*

Eternos testigos del espacio, pronuncian en tres lenguas la misma palabra. Todo lo que se oscurece vive, pasa, se deshoja y muere, va a parar a las alturas. Todos nosotros hacemos la misma carrera. Ser abismo es ser manantial. El crepón de la noche en duelo, las losas frías del sepulcro, el rayo puro de la estrella, son las pupilas de los mismos ojos.

\*  
\* \*

La unidad permanece, el aspecto cambia; para picotear la fruta madura, los pájaros vuelan hacia los árboles y los cometas vuelan hacia el sol; todo es átomo y todo es astro; la paja, humilde pilar, sostiene la espiga, de la que nacen las ciudades; la curruca de rubia cabeza, al beber una gota de agua, bebe un mundo. ¡Inmensidades! ¡inmensidades!

\*  
\* \*

Sólo de noche Herschell, colocado en la plataforma, persigue al ser central al través del lente de ojo sideral, cristalino y enorme, y consigue ver en las alturas a Dios, por encima de los mundos, mientras que, escrutando los monstruosos combates de las hidras en las profundidades, el formidable microscopio, dirigido hacia lo insondable, contempla lo infinitamente pequeño.

## VIII

Dios, que es triple fuego, que es triple armonía, amor, poder, voluntad, pupila enorme y vigilante, contemplado desde la obscuridad espesa, enseñando las tres fases de su gloria, el alma, el ser y el firmamento, pasmando los ojos y los labios, llena todas las profundidades de inmenso deslumbramiento.

\*  
\* \*

Todos estos magos, que iluminan la noche oscura de la humanidad, vierten un rayo de luz, que desde sus almas se dirige hasta los ojos de Jehová, en cuyo trono celeste sus espíritus piensan, y una claridad que nace de las alturas, que desciende desde el cielo hasta las montañas y desde Dios hasta el hombre, ata más fuerte en el triángulo del abismo al carbúnculo de los Salomones.

## IX

Esos magos hablan a la soledad, y la soledad los comprende; hablan a las multitudes y hacen lanzar espuma a esos torrentes; hacen trepidar los edificios; inspiran el sacrificio y la inquebrantable fe, y tienen por musa la vaga palpitación de todos los seres juntos.

\*  
\* \*

¿Cómo nace un pueblo? ¡Eso es un misterio! En ciertos momentos desaparece todo ruido, y la tierra parece una llanura contemplada de noche. Toda luz

se ha eclipsado, todo verbo y todo pensamiento; nada hay en la sombra y nada hay en el cielo; ni un sólo ojo abre su pupila... ¡El desierto está lleno de escombros!... ¡Ezequiel! ¡Ezequiel!

\*  
\* \*

Pero terrible viento, que nace del cielo, ruge como mar alborotado y sopla sobre aquel montón de escombros, cuyas piedras convierte en huesos; estos huesos se estremecen; el viento vuelve a soplar con más fuerza sobre aquel triste montón, y aquellos huesos los convierte en hombres y nos levantamos y existimos, soplando sobre nosotros el viento de la libertad.

\*  
\* \*

Así se realizó el génesis; de la inmensa nada nació el inmenso todo. Pensativo, Dios dijo: — «Estoy satisfecho de que lo que yacía se haya puesto en pie.» La nada dijo: — «Estaba sufriendo»; el dolor dijo: «¡Soy Francia!» En esa formidable visión, disipándose el fúnebre sudario, el desierto se convirtió en osario y el osario se convirtió en nación.

## X

Por todas partes se ve el horror, la guerra y la muerte; y el huracán por todo el mundo corre como un niño insensato. Destruye en el invierno plantas y árboles, lanza los rayos en las cimas, las olas en las playas; porque es el huracán el que gobierna en esta sombría caverna que llamamos la creación.

\*  
\* \*

El huracán, que muele y tritura, se alimenta, monstruo creciente, de todo lo que la naturaleza tiene de horrible y de amenazador; la lava encendida le refresca; va desde el Quito, blanco cráter que rodea un eterno témpano, hasta el Hékla, monte, abismo y cárcel, peñón del seno del polo que lo nutre.

\*  
\* \*

El huracán es la fuerza ciega, el incansable agitador que ruge, aulla, silba y berrea; destruye todo lo que florece; quiere arrojar de la tierra a la primavera, a la aurora, a la paz y al amor; es el dolor y el rayo; se llama barbarie y crimen para el hombre; noche para los cielos; Satanás para Dios.

\*  
\* \*

Es el soplo de la materia que teme toda la naturaleza; el espíritu, que es un huracán de luz, le persigue, le estrecha, se apodera de él; el espíritu derriba, abate y disipa el principio con el principio; combate con furia los caos con las armonías, los elementos con los genios, los aquilones con las águilas.

\*  
\* \*

Allí están, a cien codos de altura, llevando a Cristo a la cabeza y a Homero en medio, todos los combatientes de la idea, todos los gladiadores de Dios; cada vez que, agitando la espada, se